**Evaristo Pérez**, contador. Me presenté siempre así, y eran ciertas ambas cosas: lo de llamarme Evaristo, y lo de ser contador. Lo aclaro porque siempre tuve que insistir mucho en lo que era verdad o mentira, una situación agotadora frente a los ojos incrédulos de tanto humano que me rodeó y me juzgó también.

Aprovechando las ventajas de haber pasado por el limbo, me presento ante ustedes en mi estampa de cuando niño; a ver si así me hago un poco de justicia, a ver si así me rescato un poco de los nefastos sucesos que provoqué después. Incluso aunque la muerte me haya alcanzado a la longeva edad de 98 años,  así con vicios y todo, con y sin dinero, con halagos y reproches. Es que mantuve mucho del niño que aquí presento por el resto de la vida.

Cuando se es niño se puede hacer mucho de lo que hice después, pero con toda inocencia. Aunque logro de todos modos ver a niños, antes y ahora, con miradas maliciosas que delatan la manipulación y la astucia encubierta de dulzura. Es más cosa de raza humana que de edades o épocas.

Cuando se es niño se toma todo con envergadura de adulto, sin tener ni los problemas ni los objetos de los adultos. Menos aún las responsabilidades. Pero lo que me gustaba de niño me siguió gustando de grande, claro que con toda la contaminación y densidad de la adultez, con toda la inteligencia y la intencionalidad, buena o mala, del mundo adulto. Y con eso las consecuencias; la palabra y su peso, la acción y su efecto.

Me gustaba el juego. Simple. A quién no le gusta jugar. Me gustó siempre, desde niño hasta la madurez avanzada. Jugar. Un placer que se ve en los animales incluso. Es propio de seres con sangre en las venas, pero en los humanos adquiere sofisticación exquisita, la suma de la intención, la negociación, el ganar o perder utilizando la mentira. O también la verdad pero frente a quienes esperan la mentira. La trampa, la apuesta de por medio, el malabar entre números, astucia, perspicacia y suerte. Azar. Y con todo eso la noche, el humo, el alcohol, el vasto submundo de los delirios que se desenvuelven libres en la oscuridad. Una lucha sin violencia, entre personas que dan la mano con camaradería para luego tratar mutuamente de destruirse, de doblegarse. Pero dentro de un juego, y eso me sigue pareciendo fascinante.

De niño también se miente, también se juega, también se hacen pactos y tratos, se inventan historias fantásticas. Pero no hay nada que arriesgar y tienes el perdón del mundo por no saber nada y tener que inventarlo todo. Fui fantasioso desde chico, pero luego cambia el concepto y te haces mentiroso. Y en el juego es lo mismo. Es cosa de niños cuando se es niño y vicio ruin y peligroso cuando se es adulto.

Fue así, dentro de ese peligro, que llegué a ganar mucho. Crecieron las bondades para mi hogar y mi familia, que siempre llevé en la circulación de la sangre (aunque la contaminara a veces con otras felpas y redondeces que eran de rigor en los submundos que frecuentaba). Es cierto que la mentira y la fantasía abundaban en esos tugurios del azar, pero cuando había una palabra con apretón de manos de por medio y en el juego entraba el honor, la palabra se tornaba de acero y era imposible torcerla.  Y tal como gané fue así, también con palabra de por medio, que llegué a perder mucho: dinero, muebles, hasta mi casa en un momento, exponiendo a mi familia al desastre de una catástrofe causada por la estupidez humana. Creía en cierta frase de un francés, que dice que el honor consiste en hacer hermoso aquello que se está obligado a realizar, pero mi familia cargó con la hermosura atroz de tener que cumplir mi torpe palabra.

Es posible que hoy en día hubiera sido nuevamente un jugador, confundido otra vez entre la moral, el honor, el deber, la fantasía, el ocio, la astucia. Tal como lo fui hace tantas décadas. Y me resigno, pero me gusta creer que hoy hubiera sido un hacker.

Las cartas han tenido siempre un carácter mágico. Se puede hacer, y se siguen haciendo, ilusiones y malabares con ellas; con astucia, con estudiar los ojos, con saber mover las manos, con manejar ciertos cálculos y movimientos. Pero lo que puede hacer ese maravilloso casino portátil de cristal, es algo inalcanzable e inimaginable en mis años. Ver en él desde colores y burbujas brillantes, como salidas de un mundo nítido, perfecto y de mentira, hasta contemplar la más cruda y brutal realidad. Entrar con eso a documentos y cajas fuertes sin palabras ni apretón de manos de por medio... es algo que bordea lo divino. Quizás desde mi nebulosa mortífera no logre entender nítidamente el real funcionamiento de esta maravilla, donde no influye el tiempo, ni mi rostro, ni la dirección de mis ojos, ni los litros de alcohol adentro, ni el espeso aire entremedio de dos alientos que conduce a despiadadas o ingenuas acciones.

Puedo idealizar desde mi lugar, estoy al tanto. Cierto es que las cosas en realidad no han cambiado tanto en contenido. Sólo cambia el formato, el color, la velocidad. La matriz sigue siendo la misma: nuestra limitada raza humana. Es raro hablar de esperanza estando muerto, puede hablarse de consuelo, de lo que podría haber sido, y guardo la idea de poder haber sido distinto en este tiempo. De poder ahora haber llorado sin esconderme, de haber sido niño por más tiempo o haber podido acurrucarme con mis hijos, quedándome en casa, y así haber sido un poco niño de nuevo. De haber conocido mejor a mi mujer. De haber sabido mirarla en sus otros ángulos. De haber podido jugar con ella.